

El ejercicio de nuestro espíritu



Málaga, Diciembre 2015, RMC

Índice:

- 5 El Espíritu, el don de Dios
- 6 El obrar del Espíritu
- 7 El ministerio del Espíritu – el Nuevo Pacto
- 8 La conciencia
- 10 La comunión
- 12 La intuición
- 14 Algunas maneras de ejercitar nuestro espíritu

El ejercicio de nuestro espíritu

El Espíritu, el don de Dios

El ejercicio de nuestro espíritu no es solo un tema recurrente, sino una necesidad fundamental en nuestra vida cristiana. Aunque hemos hablado de ello durante años, aún hoy sigue siendo crucial.

También hemos oído hablar acerca de profecías y diversas enseñanzas, pero, ¿cuánto nos han edificado todas esas cosas? Son bonitas para nuestro conocimiento, pero no nos llevan a la vida. Por eso, venimos al principio, como decía Juan en su Evangelio, a “lo que era desde el principio”. Y, ¿qué sucedió al principio de nuestra vida cristiana? Cuando conocimos al Señor nos ocurrió algo maravilloso: el Espíritu Santo entró en nuestro espíritu. Nuestra vida cristiana comienza cuando el Espíritu Santo entra en nuestro espíritu. En Hechos 2:38 Pedro le habla a la multitud allí reunida y les dice: “Arrepentíos...”, y como resultado de esto, dice: “Y recibiréis el don del Espíritu Santo”. Esto no es cualquier cosa, es un don precioso, es el mayor regalo que puede recibir un ser humano en este universo. A nadie jamás, ya sean reyes o grandes personajes de la historia se le ha dado un regalo igual a este, el **don del Espíritu Santo**. Y no es solo para unos cuantos, Pedro sigue: “Para vosotros, ... y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos”. Muchos de los que están aquí han venido de lugares lejanos, incluso de otros continentes. Otros venimos de lugares muy cercanos, por eso Pedro dice: “Para todos los que el Señor llamare”. El Señor nos ha llamado para darnos un don, para hacernos un regalo, el don del Espíritu Santo. ¿No estás contento de haber recibido este precioso don? ¿Quieres un don diferente a este? ¡No! Este es el mayor don, el don del Espíritu Santo, el cual está hoy en nosotros. Para recibirlo solo tenemos, como dice aquí la Escritura, que arrepentirnos y bautizarnos invocando Su nombre.

¡Somos un espíritu con Él! No solo lo hemos recibido como un regalo, sino que somos uno con Él. “El que se une al Señor, un espíritu es con él” (1 Co. 6:17). ¡Esto es maravilloso! ¡Somos un espíritu con el Señor!

El obrar del Espíritu

Pero, aun siendo esto algo extraordinario, no se queda ahí. En Corintios nos dice que cuando nos tomó, nos selló y nos dio las arras del Espíritu (2 Co. 1:22). Eso significa que Él ha comenzado una obra en nosotros. Y esto es solo el principio. El Espíritu quiere seguir obrando en nuestras vidas. ¿Y qué quiere hacer el Espíritu en nosotros, y cómo obra? Leamos 4 versículos en 2 Corintios 3, los cuales, de una manera breve, nos muestran qué es lo que quiere obrar el Espíritu en nuestro ser.

En primer lugar Él quiere grabar Su esencia en nosotros. 2 Corintios 3:3: *“Siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón”*. Somos cartas de Cristo, escritas no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo. Desde que el Espíritu del Dios vivo entró en nuestras vidas, y aun ahora aquí sentados, o en nuestra vida diaria, Él está escribiendo, grabando, inscribiéndose en nosotros. ¿Y qué escribe? No nos enseña la doctrina de la Palabra, ni conocimiento intelectual, ni teológico, de las cosas que van a suceder. Por supuesto que también nos puede enseñar cosas de lo que Él desea hacer en el futuro, pero lo que principalmente está grabando en nosotros es Su imagen, Su naturaleza, Su esencia, todo lo que Él es. Él nos está grabando con Su sello.

¿Qué más hace el Espíritu en nosotros? En el versículo 6 dice: *“el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica”*. Por un lado está grabando Su imagen en nosotros, y por otra nos está vivificando. Este es el obrar del Espíritu. Por eso nos tenemos que abrir continuamente al Espíritu, para que siga vivificándonos, suministrando Su vida dentro de nosotros. Nosotros somos seres humanos sujetos a la muerte. Pero cuando el Espíritu entra en nosotros, nos da vida, y no solo una vez, sino que continuamente no suministra vida. Él no quiere darnos enseñanzas sobre cómo comportarnos, qué hacer o no hacer, sino vivificarnos, suministrándonos y abasteciéndonos con Su vida, para que esa vida sea la que haga Su obra, y sobre todo, se trague la muerte que hay en nosotros. ¿Crees que no hay muerte en ti? ¿No la experimentas en tu vida diaria? Diariamente pasamos por muchas situaciones de muerte. Aún en nuestros trabajos hay una continua presión de muerte sobre nosotros. ¿Qué puede hacer que esa presión de muerte se desvanezca? La vida, ese Espíritu que está en mi espíritu y que está continuamente suministrándome vida. Si no

fuera por esa vida que el Señor me suministra, estaría en un estado de depresión. En este mundo hay mucha presión, una presión de muerte, pero el Espíritu nos vivifica.

En 2 Corintios 3:17 nos dice que además de estar vivificándonos, el Espíritu nos libera: *“Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad”*. Nos da la libertad de este mundo. El Espíritu está liberándonos de todas las cosas que hay en nuestra vida, nuestro ser natural, el ego, el yo, nuestra naturaleza caída, y de todas las cosas que nos influyen negativamente a nuestro alrededor. Donde está el Espíritu del Señor hay libertad, hay liberación.

Él está inscribiendo, vivificándonos, liberándonos, y al final, en el versículo 18, dice que nos lleva de gloria en gloria para expresar Su imagen: *“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”*. Nos quedamos sin palabras al ver la obra tan preciosa que el Señor está haciendo en nosotros.

El ministerio (servicio) del Espíritu - el Nuevo Pacto

El obrar del Espíritu en nosotros es lo que la Palabra llama el ministerio o el servicio del Espíritu (2 Co. 3:6), esto es, el obrar del Espíritu en nuestro ser, proveyendo, suministrando, ministrando, e impartiéndonos Su vida, Su naturaleza y Su esencia dentro de nosotros. Este es el obrar del Espíritu, el ministerio del Nuevo Pacto.

La esencia del Nuevo Pacto es el Espíritu (2 Co. 3:8). En el Nuevo Pacto el Espíritu es el centro, el origen de todo. Todo depende de Él. Pero Su obrar tiene como centro nuestro espíritu; y a partir de nuestro espíritu, Él hace toda Su obra en nuestro ser, en nuestra alma e incluso en nuestro cuerpo, el cual será glorificado en el futuro. Por eso es vital que conozcamos su importancia y que aprendamos a ejercitarlo.

Nuestro espíritu es tan importante porque es allí donde reside el Espíritu del Señor, y donde está obrando y haciendo Su obra completa. Tenemos que aprender a ejercitar, a avivar nuestro espíritu, a que sea activado (2 Tim. 1:6). Usamos la palabra ejercitar porque es la palabra que usa Pablo, en 1 Tim. 4:7-8: *“Desecha las fábulas profanas y de viejas. Ejercítate para la piedad; porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera”*. ¿Qué es el ejercicio para la piedad? No es un ejercicio

mental, ni un ejercicio de prácticas externas, no se trata de comportarnos bien, sino de un ejercicio espiritual. En el versículo 14 nos dice: “*No descuides el don que hay en tí*”. Este ejercicio es no descuidar el don que está en nosotros. Debemos ejercitar nuestro espíritu. Cada día debemos venir y abrir nuestro corazón al Señor y pedirle que lo avive.

La vida cristiana no es algo mental, ni por supuesto se trata de prácticas religiosas externas, sino de un ejercicio espiritual. Esto afecta a toda nuestra vida, a nuestro andar y a nuestro interactuar con las personas que están a nuestro alrededor. Por eso debemos prestar tanta atención a nuestro espíritu que es donde está el Espíritu del Señor, y donde Él está obrando hoy. De ahí, a todo nuestro ser.

Ejercitar el espíritu

Ahora, la pregunta que nos hacemos es: ¿cómo ejercitamos nuestro espíritu? No hay una enseñanza sobre ello. Ni siquiera es nuestra intención enseñar el “cómo”, pero sabemos que nuestro espíritu humano está compuesto de tres partes. Nuestro espíritu humano se compone de la conciencia, la comunión y la intuición. Aunque ahora no tenemos el tiempo de explicarlo en detalle, esto está revelado en la Palabra a través de muchos versículos¹.

Ejercitar el espíritu es ejercitar estas tres partes de nuestro espíritu. Se trata de ejercitar nuestra conciencia, nuestra comunión con el Señor y nuestra intuición o discernimiento de las cosas espirituales.

1. La conciencia

En primer lugar, ejercitar la conciencia, como dice 1 Timoteo 1:5 y 19, es mantener una buena conciencia, o también, una conciencia limpia (2 Tim. 1:3; Hech. 24:14-16); esto es, una conciencia limpia de pecado (Heb. 10:2), de ofensas (Hech. 24:16), de obras muertas (Heb. 9:14), e incluso, de hipocresía (1 Co. 5:6-7, religiosidad – levadura). Dice la Palabra que nos limpiemos de toda levadura, la cual es la hipocresía. Por supuesto, el pecado es algo muy evidente, las ofensas también, y las obras muertas.

¹ *La conciencia*: Jn. 13:21; Hch. 17:16; Ro. 8:16; 1 Co. 5:3; 2 Co. 2:13; 2 Ti. 1:7; etc.

La comunión: El espíritu tiene la función de la comunión y adoración. Lc. 1:47; Jn. 4:23; Ro. 1:9; 7:6; 8:15-16; 1 Co. 6:17; 1 Co. 14:15; 1 Co. 14:16; Ap. 21:10; etc.

La intuición: El discernimiento de las cosas espirituales. Mr. 2:8; 1Co. 2:11; 1Co. 16:18; 2Co. 7:13; etc.

Todas estas cosas afectan continuamente a nuestra vida cristiana. Por eso, debemos ejercitar nuestro espíritu continuamente en mantener nuestra conciencia limpia de todas estas cosas. Esto no es algo insignificante, ni debemos descuidarlo. Es más, Pablo nos dice en 1 Tim. 1:19 que algunos naufragaron en cuanto a la fe por no mantener una buena conciencia. No tratar el pecado, o las ofensas, y dejar que esto contamine nuestra conciencia nos puede llevar al naufragio espiritual. Pero, además del pecado, las ofensas o las obras muertas, que, a veces, son más evidentes, no por eso menos importantes, quiero hacer hincapié en mantener nuestra conciencia limpia de hipocresía, de levadura. El mismo Señor les recriminó a los fariseos de esa doble moral, de la hipocresía que había en ellos. Tenemos que venir asiduamente al Señor y pedirle que nos limpie. Abrirnos continuamente a Él. Y esto no es una enseñanza o doctrina, sino un continuo ejercicio. Si no venimos continuamente al Señor y nos abrimos a Él e invocamos Su nombre desde lo más profundo de nuestro ser, y le decimos: “Señor, límpiame de todo pecado, de toda hipocresía, y de toda religiosidad”, el Señor no puede actuar. A veces, la religiosidad es casi un lastre mayor para nosotros que el mismo pecado, porque creemos que estamos bien con Dios, pero somos hipócritas, religiosos, y no hay vida dentro de nosotros.

Debemos mantener la conciencia limpia abriéndonos continuamente al Señor, colaborando con el Espíritu. El Espíritu en nosotros siempre está hablándonos, no está allí como algo estático. No, el Espíritu está activo dentro de nuestro espíritu, y está continuamente, como ya hemos visto, inscribiendo, vivificando, liberándonos, llevándonos de gloria en gloria. Está muy activo.

Él nos habla sin cesar. A veces, nos redarguye y nos amonesta (1 Jn. 3:20), incluso con algo de dureza, depende de nuestro grado de atención y obediencia al Espíritu. Pero está hablándonos para liberarnos de todas estas cosas. Y nosotros tenemos que cooperar con Él, tomando Su sangre y Su cruz. Por un lado tomamos la sangre, para limpiarnos de todas estas cosas que impiden que el Señor trabaje en nuestra vida, y por otro, la cruz del Señor, para tratar con nuestra manera hipócrita de vivir, nuestra religiosidad. Si hemos pecado, le decimos: “Señor, limpia mi pecado con Tu sangre”, pero si en nuestra vida no estamos andando en una relación íntima con el Señor, sino que nuestra relación es solo religiosa, necesitamos aplicar la cruz del Señor para matar todas estas obras religiosas, obras muertas y que el Espíritu pueda seguir obrando de una manera viva en nosotros, y vivificarnos.

Ejercitarnos en nuestra conciencia, por tanto, es abrirnos continuamente a ese Espíritu que hay en nosotros, dejar que nos hable, que obre, que nos limpie, que nos amoneste y cooperar con Él, siendo uno con Él. Oyendo Su voz y obedeciéndole. Una buena conciencia es una conciencia obediente. No solo debemos tener una conciencia limpia, sino también obediente, buena. A veces, el Señor nos habla y no le prestamos atención. Nos muestra algo: “Mira la mancha que hay ahí”, y ni siquiera queremos mirar, porque esa mancha nos gusta. Es una mancha muy bonita que nos hace juego con el resto de nuestro vestuario. Ahora se llevan unos pantalones que tienen unos cortes por todos lados, con manchas por algunos sitios. Eso es moderno. No digo nada sobre la moda, pero a veces, nos gustan las manchas, y convivimos con las manchas tan bonitas que tenemos. Pero el Señor es santo. Él no puede vivir con estas manchas. Por eso, Él va indicando, mostrando y escribiendo, y cuando escribe, me dice: “Eh, mira”. Entonces es cuando tengo que colaborar con Él, tomando Su Palabra y obedeciéndole, siendo uno con Él en Su hablar.

En cuanto a nuestra conciencia, a veces no hay una cosa concreta entre nosotros y Dios, pero notamos como que hay alguna barrera, como una enemistad que no sabemos qué es. En 2 Co. 5:18 dice: *“Quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación”*, y en el 20: *“Como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”*. El Espíritu está en nosotros hoy llamándonos a la reconciliación. Él está obrando en nosotros y llamándonos: “Reconcílate”; nos está atrayendo hacia Sí mismo. Y ¿Para qué quiere reconciliarnos? Para que estemos en una comunión íntima con Él, para quitar todos los impedimentos que haya entre Dios y nosotros. Una vez que Dios quita todos estos velos, cuando el Espíritu nos libera del pecado, de las ofensas, de las obras muertas, de la hipocresía, de la enemistad, etc., entonces, la Palabra nos dice que donde está el Espíritu del Señor allí hay libertad. ¿Para qué somos liberados? ¿Para ser buenos cristianos? Él nos libera y quita nuestros velos para que podamos tener comunión con Él, y podamos mirarle a cara descubierta y llevar a cabo Su voluntad.

2. La comunión

Una vez que nuestra conciencia está limpia y somos liberados de todos los impedimentos; nuestros velos son quitados, y reconciliados de toda enemistad (hay paz), podemos tener comunión en el espíritu con el Señor.

Debemos ejercitar también nuestra comunión con el Señor. Es maravilloso cuando somos liberados de todas estas cosas que hemos hablando y somos llevados por el Espíritu a esa comunión con Él, y podemos mirarle a cara descubierta (2 Co. 3:18).

La comunión con el Señor, por lo menos en mi experiencia en el último tiempo, no solo es venir a orar por unos y por otros o por ciertas situaciones que rodean nuestras vidas. El Señor no está tan interesado en que le llevemos una lista de peticiones, Él quiere tener comunión con nosotros, que le contemplemos, que abramos nuestros ojos y miremos a los Suyos. Él quiere simplemente tener comunión con nosotros. Por supuesto, en esa comunión podemos traerle las cosas que están en nuestro corazón, pero el Señor también quiere derramar lo que hay en el Suyo. Nosotros podemos traerle en oración todas esas situaciones y personas, necesidades y enfermedades que nos inquietan. La comunión viene en la oración íntima con el Señor, pero Él no está esperando de nosotros, necesariamente, todas esas cosas; Él nos ha llamado a estar en Su presencia, a mirarle. Da igual donde estemos. No es necesario que nos sentemos en un lugar específico con los ojos cerrados, etc.; sino en cualquier lugar, en nuestra habitación, dando un paseo, de rodillas, saltando, de cualquier manera, lo externo no es importante. Lo importante es tener comunión con Él, que le abramos nuestro ser para que al mirarle a cara descubierta seamos transformados de gloria en gloria a Su misma imagen, como por el Espíritu del Señor. Este debe ser nuestro ejercicio y gozo continuo. Debemos ejercitar nuestra comunión con el Señor abriendo nuestro corazón y todo nuestro ser por completo a Él. ¿Cuántas veces le decimos al Señor: “Te amo”, y vemos una sonrisa en Él? A veces he llegado a casa cansado del trabajo, no tenía ganas de hablar con el Señor, estaba agotado, pero le he dicho: “Señor, te amo”, entonces he visto los ojos del Señor. ¡Gloria al Señor! Esta es la comunión que el Señor está buscando en nosotros. Hay muchas otras maneras. Debemos ejercitarnos en que esa comunión sea cada día más profunda, íntima, real, más intensa y extensa, íntegra. A veces, nuestra lengua no alcanza a explicar las cosas espirituales, precisamente porque son espirituales, no son carnales.

Y conforme vamos entrando en esa comunión, nos va llevando de gloria en gloria. Vamos dejando atrás todo lo que es de esta tierra, lo terrenal, y nos lleva a lo celestial, que es en gloria, que lleva la imagen de Dios, y nos va transformando, conformando, glorificando; trayéndonos Su imagen, Su naturaleza, y Su vida dentro en nosotros. Quiero ejercitarme y experimentar más esta comunión.

Después de algunos años en el Señor, hemos experimentado muchas cosas, hemos oído mucho, estudiado muchas enseñanzas, libros de la Biblia, profecías, tipología, etc. Todo esto está relacionado con la Palabra del Señor, pero muchas de esas cosas, a mí, en mi vida cristiana no me han ayudado mucho más que a tener conocimiento en mi cabeza sobre lo que pasó o lo que va a pasar. A mí me encantan todas estas cosas, pero el Señor me ha mostrado que muchas de ellas son mentales, que Él quiere llevarme a Su comunión, en el espíritu, de gloria en gloria.

Todo lo que Dios hace tiene un sello; el sello es Su gloria. Lo que Él hace no solo es glorioso, sino que lleva el sello de la gloria. Si en mí no hay ese sello de gloria es porque el obrar del Espíritu es muy pequeño. Yo quiero conocer todas esas cosas que estamos mencionando, pero sobre todo, quiero entrar en Su comunión, ejercitarme diariamente en venir a Él y tener comunión con Él, tener Su gloria y ser llevado de gloria en gloria². Quiero experimentar Su mismo ser. No solo lo que está escrito aquí, en tablas de piedra, las enseñanzas, sino la experiencia de una comunión íntima con el Señor. En esa comunión recibimos revelación.

3. La intuición

Veamos ahora la intuición. La comunión nos lleva a conocer la voluntad de Dios (Ro. 11:34). La intuición es una percepción, un discernimiento espiritual en nosotros, no un entendimiento mental. Y esa percepción o discernimiento espiritual, que también podríamos llamarlo sensibilidad espiritual, viene a través de la comunión con el Señor. Si queremos desarrollar, experimentar o como hemos dicho, ejercitar, que crezca cada día más ese discernimiento espiritual en nuestras vidas, tenemos que entrar en una comunión íntima con el Señor, si no seremos personas, creyentes, sin ningún discernimiento espiritual. Hemos conocido hermanos que a simple vista eran espirituales, predicaban la Palabra con poder, con denuedo donde quiera que iban, pero después no tenían percepción espiritual ninguna. Por eso, el Señor nos tiene que llevar a esa comunión cada día más íntima con Él. Y de esa comunión se desarrolla el discernimiento o sensibilidad espiritual.

Es como en una pareja. Todos los que están casados lo saben; después de algunos años, hay momentos en los que hay cosas que no hay ni que

² A veces, esa gloria no viene por medio de una reunión gloriosa sino por medio de tribulación (2 Co. 4:17)- pero nos da un eterno peso de gloria y una perspectiva de las cosas según la humanidad del Señor y no lo terrenal.

decirlas. De alguna manera, ya tienes la percepción de lo que la otra persona quiere y de la situación que se genera en tu casa, con tus hijos, etc. Esto viene de la relación, de la comunión, entre esa pareja. O también cuando hay una relación estrecha entre hermanos, hay veces que no hay mucho que hablar, porque hay comunión. Y en esa comunión el Señor nos va mostrando las situaciones. Y no solo para nuestra vida sino para el resto de nuestros hermanos.

Tenemos el ejemplo de Pablo con los corintios. 1 Corintios 10 habla sobre comer carne o no comer. ¿Era bueno o no comer carne³? No era un tema de bueno o malo. Pablo dice que con algunos como carne y con otros no como carne. Con unos como verduras y con otros carne. ¿Con quién como carne y con quién no? Para eso necesito el discernimiento espiritual, una sensibilidad espiritual. Si percibo que para mi hermano es de tropiezo el comer carne, no lo hago; tengo la libertad para hacerlo, pero no lo hago, porque en mí hay discernimiento espiritual. Cuanto más ejercitamos el discernimiento espiritual más es edificada la vida de la iglesia⁴. De lo contrario, al final, les hacemos daño a los hermanos. Cuántas veces hemos visto que muchos hermanos se han ofendido por nuestra falta de sensibilidad espiritual, porque actuamos como si nos diera igual lo que piensen los demás. Para eso necesitamos poner nuestra mente en el espíritu. Ahí, el Espíritu, no solo obra en nuestro espíritu sino en nuestra mente, en nuestra alma, en nuestros pensamientos. Por eso Pablo habla de poner la mente en el espíritu, para que podamos comprender las cosas de Dios, las cosas espirituales, para que tengamos discernimiento de las cosas espirituales, de lo contrario podemos estar ofendiendo a los hermanos incluso sin darnos cuenta.

La Palabra nos habla de poner la mente en el espíritu, y también que el espíritu se convierta en el espíritu de nuestra mente (Ef. 4:23) para entender las cosas de Dios y las necesidades de los hermanos. De manera que el Espíritu realmente toma nuestra mente, todo nuestro pensar. En Corintios hay un versículo que dice: “*Llevando todo pensamiento cautivo a Cristo*” (2 Co. 10:5). De manera que todos nuestros pensamientos, a través de los cuales actuamos, son traídos a Cristo. Todos son puestos bajo el reinado de Cristo. Dejar que el Señor nos hable, seguir la unción y obedecer Su Palabra es un ejercicio continuo.

³ En este caso concreto se trataba de comer carne sacrificada a los ídolos.

⁴ Ejemplo de Pablo en Corinto (1 Co. 10). No se trata de que algo sea bueno o malo, sino de percibir lo que el Espíritu desea y los santos necesitan en vida para la edificación.

Esto es ejercitar nuestro espíritu. Ejercitar nuestro espíritu no es algo externo. En el pasado, para algunos, quizás, ejercitar el espíritu era invocar el nombre del Señor a voz en grito, o decir a voces: “Amén, Amén, Amén”, o leer en voz alta la Palabra. Todas estas cosas son prácticas externas que nos pueden ayudar, pero ejercitar nuestro espíritu va más allá, significa que en cada momento y situación ejercitemos cada parte (o cada función) de nuestro espíritu: nuestra conciencia, nuestra comunión con el Señor y la intuición; significa abrirnos continuamente al Espíritu para que Él pueda obrar en ellas. Todos, en una u otra medida, ya hemos hecho experiencias respecto a esto, son experiencias fundamentales, pero debemos seguir desarrollándolas, de lo contrario nos puede ocurrir que estas facultades pierdan su función, se vuelvan insensibles, como Pablo nos menciona en 1 Timoteo 4:2, donde nos dice que algunos llegaron a tener la conciencia cauterizada, es decir, totalmente insensible e inservible para Dios.

Algunas maneras de ejercitar nuestro espíritu

El Señor ha puesto también a nuestra disposición algunos medios o instrumentos para ejercitar nuestro espíritu: ya hemos hablado de la sangre del Señor, de Su cruz, de invocar Su nombre o de venir a Su Palabra, así como no dejar de reunirnos con los hermanos, o testificar del Señor y de todas Sus virtudes. Todas estas cosas nos ayudan a ejercitar nuestro espíritu. No tenemos el tiempo para hablar en detalle de cada una. Pero, por ejemplo, invocar el nombre del Señor es una manera sencilla, simple, de tener comunión con Él, incluso de mantener nuestra conciencia limpia y huir del pecado. Cuando invoco de corazón: “*Señor Jesús*”, lo que estoy diciendo es que Él es mi Señor, que quiero que Él reine en mi vida y gobierne en mi ser. No es solo una frase que repetimos religiosamente. Cuando digo: “*Señor Jesús*”, le estoy diciendo: “Tú eres mi Señor, gobierna y reina en mi vida; no quiero esta situación, quiero huir de ella, quiero que seas mi Señor”, y no solo cualquier Señor, sino el Señor Jesús, Aquel que pasó por la muerte y resurrección y que hoy está en mi espíritu suministrándome Su humanidad.

O cuando venimos a la Palabra, esa Palabra nos alumbró y nos ayuda a oír la voz de Dios. Podemos venir a la Palabra como si fuera un libro más, pero esta Palabra no es cualquier libro. Este libro es la Palabra de Dios, Su hablar, y nos da luz y nos lleva a la comunión con Él.

O reunirnos continuamente. Hay un gozo muy grande cuando lo hacemos. Todos podemos testificarlo y por eso estamos aquí, no solo para

pasar un día agradable, sino por el gozo que hay en nosotros al obrar el Espíritu en cada reunión. A veces venimos a la reunión cansados, con todos nuestros problemas, pero empezamos a cantar: “Oh, el Espíritu vive en mí, Aleluya”, y se acaban todos los problemas. Hay gozo en nuestro corazón, y nuestro espíritu es vivificado por el obrar del Espíritu del Señor. Él usa la reunión para activar nuestro espíritu. Por eso es tan importante no dejar de reunirnos.

También testificar de Sus virtudes (1 Pe. 2:9); cuando encontramos a alguna persona y podemos testificar del Cristo tan maravilloso que tenemos. Abrimos nuestra boca y le testificamos del Dios maravilloso que quiere entrar en ella y quiere cambiar su vida, y empezamos a hablar de todas Sus virtudes, entonces el Espíritu nos vivifica, libera y nos lleva de gloria en gloria.

RMC